

EL DOCTOR TOMAS PERON (*)

Desde hace varios años, existió en nuestro ánimo el deseo de componer una semblanza exhaustiva del infortunado maestro de Química de la Universidad de Buenos Aires, y a tal efecto, nos contrajimos al propósito de ir atesorando el material que podría ser útil a la empresa, indagando y desmenuando los empolvados legajos de las bibliotecas, archivos, estadísticas y memorias oficiales. Larga y afanosa fué la búsqueda, porque no siempre son los rútolos quienes encauzan hacia la meta, máxime en el campo de la historiografía de la Universidad bonaerense, donde la ordenación documental tiene sensibles lagunas. Nos dieron amparo en esa tarea, con su tutoría virtual, dos hombres que merecen ser recordados. Uno, es el doctor Enrique Herrero Ducloux, que ya en 1908, escribió su primer trabajo sobre *Los Estudios Químicos en la República Argentina*, donde puso de resalte las gradaciones jerárquicas de los hombres que abrieron el surco de la enseñanza de la química en nuestro país, ilustrando a las generaciones que habrían de cuajar en la magnífica pléyade del Ochenta. Y otro, el doctor Belisario J. Montero, quien *cálamo corriente* escribió las deliciosas memorias de su pasado escolar en un libro que, si no empañía los lauros inmarcesibles de *Juvenilia*, puede competir en calidad y reverencia espiritual.

La compulsa de datos y antecedentes enraizados a tal

(*) Conferencia pronunciada el 27 de octubre de 1952, en el aula Vélez Sarsfield de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, bajo los auspicios de la Universidad Nacional del Litoral.

propósito se fué acrecentando en los arcones, y muchas veces pretendió irrumpir a la publicidad, pero la Historia, para quienes la cultivan con sentido específico, siempre exige un sacrificio más, y fué así, como el tiempo redujo en orden de prioridad, la aparición de nuestro próximo libro titulado *Tomás Perón. Grandeza e Infortunio de una Vida*, que firmo con mi dilecto amigo, el prestigioso historiógrafo Vicente Aníbal Risolía, llevando prólogo de S. E. el señor Ministro de Salud Pública de la Nación, doctor Ramón Carrillo.

En el año 1946, cuando el profesor Juan Ramón Beltrán inauguró el curso lectivo de la cátedra de Historia de la Medicina de la Facultad de Ciencias Médicas, y señaló a la consideración de sus alumnos, la destacada figura del doctor Tomás Perón, el señor Risolía ejercía la jefatura del Archivo de la mencionada Casa de Estudios, y puso en manos del malogrado catedrático aquellos elementos básicos que le sirvieron para documentar su elocuente exposición. Compartía además, en el Instituto a su cargo, la tarea de Jefe de Investigaciones Históricas a partir de su creación, en el año 1946, circunstancia que lo vinculaba estrechamente al cultivo de la historia médica nacional.

Hemos oído con beneplácito, elocuentes palabras sobre la vida y obra del doctor Perón en las sesiones de la Cámara de Diputados, en el Ministerio de Salud Pública de la Nación, en las Universidades Nacionales, pero todas se surten en la documentación manida, y muy especialmente, en la conferencia del profesor Beltrán.

Una contribución de corte netamente literario del doctor Gastón Federico Tobal publicada en 1948, y otros trabajos de Enrique Pavón Pereyra y Luis Rovira de reciente data, enaltecen con loable esfuerzo la proyección universitaria del maestro. Ellas han servido, claro es, para cotejar nuestro esfuerzo. Entendemos que en él, se han colmado los recaudos que privan en la investigación histórica. Si hemos desbordado en parte las líneas del enfoque, es porque la generación del Ochenta —y usamos esta expresión alentando un concepto en boga—

ha construido la Universidad argentina sobre un basamento granítico que se debe al esfuerzo ininterrumpido de Barros Pazos, Gutiérrez, Avellaneda, Wilde, y nos rehusamos a seguir citando nombres para no incurrir en omisiones.

Hemos necesitado recogerlos íntimamente para ubicar nuestro personaje en el escenario típico desde los albores federales. Veamos.

El 17 de agosto de 1839 es un sábado brumoso y desapaible, que el almanaque federal destaca con tipos rojos, para halago de la ideología política imperante. Don Juan Manuel de Rosas rige con mano férrea y ceño adusto el timón del país. Buenos Aires vive bajo la zozobra de los últimos sucesos. Apenas han corrido dos meses desde la ejecución de Cullen en Arroyo del Medio y la frustrada conjuración de Maza, y aún continúan los pregones y loas al Señor, que ha salvado sobre el filo de la muerte, la vida del Ilustre Restaurador de las Leyes.

La *Gaceta Mercantil* de esa fecha, propala que la parroquia de Balvanera con su juez de paz y personalidades de pro, hará efectivo su homenaje promoviendo un desfile de carros alegóricos en acción de gracias. Durante la noche arderán para regalo de las pupilas ingenuas, fuegos de artificios. La pluma del gacetillero vibra de indignación y denuncia con encono a los focos unitarios emboscados en Montevideo. En el Parque del Retiro, sobre los confines de la calle Esmeralda, hacia el Norte, se anuncian funciones de alegres volatineros. La Gran Aldea despierta de sus largas y tediosas noches invernales, cuando asoma a la vida un nuevo ciudadano. El acta lo certifica bajo el nombre de Tomás Liberato Perón. Viene al mundo con un mandato preferente.

El niño ve la luz en el hogar de don Tomás Mario Perón y doña Ana Hughes, matrimonio contraído el 12 de setiembre de 1833. Extraña fusión de sangre consagra al vástago en esta tierra de promisión. Su padre, nómada por temperamento, llega desde las costas de Cerdeña de la que es oriundo, a sentar plaza en un país que promueve la codicia de los corsarios

y del que se oyen decir cosas fabulosas: Su madre, con raigambre materna en los Mackenzie deslíe el azul de Escocia en los ojos del infante. Y he aquí, forjado en cuño occidental, un ejemplar humano en el que priman netamente los rasgos intelectuales.

Dice un autorizado escritor —y hemos de creer que se atiene a una versión oral obtenida por vía familiar— que al promediar la infancia lo llamaban “el inglesito”. Este apodo no hace más que refrendar la pintura de un rostro agraciado en el cual las pupilas azules añoraban los relatos de Walter Scott. ¿Para qué escudriñar más hondo en el árbol genealógico? Será más agradable acogernos a las palabras de su emotivo biógrafo, el doctor Belisario J. Montero, al decirnos: “Cuando se trata de una persona cuyo valor o renombre tiene tan poca necesidad de antepasados, las referencias de familia pueden aparecer como redundantes”.

Tomás Liberato, Edelmiro, Carolina, Dolores, Carlos Enrique, Eduardo y Ana Micáela, son los frutos de esa unión cristiana que se ha respaldado en el pórtico de una constitución que apenas ha cumplido veinte años. En Tomás Liberato está la simiente que habrá de originar el nobilísimo aporte para la cultura del país. Y no se crea que el vigor físico lo alienta. Desde la adolescencia, es como un arbusto que no soporta los vientos de la pampa americana, aunque sus ramas se eleven cada vez más alto en ansiedad de luz y sabiduría.

Hagamos correr doce años sobre este panorama de fondo incierto en que la Nación va buscando penosamente el cauce que la llevará a confirmar su expresión autóctona. En este interregno, que escapa a los propósitos de nuestra lectura, se cumple vertiginosamente el ciclo infantil, y desputa la adolescencia de Tomás a quien encontramos frente al atrio de la escuela elemental.

En los comienzos de 1855 traspone los umbrales de la Universidad, sita en la intersección de las calles Alsina y Potosí. Es una época en que se están reviendo y ajustando los planes de enseñanza que han permanecido descalabrados e

inertes durante varios años. Todavía, en la histórica manzana de las luces, funciona el viejo Colegio y Seminario Eclesiástico bajo la dirección atenta del sacerdote Eusebio Agüero. Mezclado con la alegre turbamulta de aquellos días aparece Tomás Perón. Creemos que la vinculación con los jóvenes del internado, debíase a que los fondos de los establecimientos se comunicaban, facilitando el pasaje de los estudiantes de ambas casas. Es allí, donde Perón tuvo oportunidad de valorar la orientación de la enseñanza que el Padre Agüero trasmittía a sus alumnos. Esos momentos intensos vividos en el histórico Colegio, hicieron que la formación de Perón sufriera un cambio rotundo en su vida intelectual. De espíritu inquieto, vivaz, elocuente, quizás también participaría de las festivas escapadas del Colegio. ¡Qué recuerdo agradable traía aquel regreso de la Chacarita en que los alumnos cabalgaban de a cuatro en un solo caballo! y ¡qué espectáculo para los curiosos vecinos cuando se trataba de uno flaco y remiso!

En la escuela de la Universidad sopla el viento de la enseñanza liberal. Tomás recorre con avidez la lista de sus profesores: el coronel Camilo Duteil dicta física; Matemáticas de 1º y 2º año, Marcelino Aravena y Mariano Moreno, respectivamente; Filosofía: Miguel Villegas; Latín: el erudito Larsen; Inglés: Gilberto Ramsay. La enseñanza del dibujo en aspectos diferenciados es compartida por Uhl y Boneo, y desde 1854, el doctor Miguel Puiggarí ha dado verdadero rango a la Química, abarcando los cursos de primero y segundo año. En nuestra investigación en el Archivo de la Universidad de Buenos Aires hemos estudiado minuciosamente los documentos donde constan las asistencias y las clasificaciones distinguidas que obtuvo Perón en el Departamento de Estudios Preparatorios.

La cátedra de Química la atendía, como dijimos, el doctor Puiggarí, de quien Perón fué alumno predilecto. Aprobó el primer curso de esta materia, con la calificación de Sobresaliente por mayoría, y en la segunda parte de la misma, obtuvo la nota de sobresaliente por unanimidad, el 3 de di-

ciembre de 1859. Al mencionar al doctor Puiggarí, no podemos avanzar en nuestro estudio, sin detenernos por un momento, para recordar al maestro a quien Perón reverenció toda su vida, no sólo porque fortaleció su vocación, sino porque la inició, aún siendo estudiante, en las relevantes tareas del magisterio.

El doctor Herrero Ducloux en una feliz concreción de términos, señala a Cosme Mariano Argerich como el precursor de los estudios químicos en la Argentina, a Manuel Moreno como el iniciador, reservando para Puiggarí —y en ello no hay discrepancia— el título de fundador de la Química moderna. En esta última denominación, entendemos nosotros, también debería incluirse a Perón, ya que fué quien propugnó la difusión de las nuevas concepciones químicas, y se desvivió por inculcarlas a sus discípulos, sacrificando el porvenir profesional que pudo brindarle el ejercicio de la medicina. No en vano, Delfín Gallo y Manuel Bilbao, lo reputan el primer químico argentino, estimando, claro es, que la enseñanza de la materia había logrado en sus manos una jerarquía en consonancia con los adelantos de la época.

Volviendo a Puiggarí, diremos que el amor que él supo inspirar por su materia fué tan hondo que el joven Tomás no podía escapar a la red del sortilegio. Es que la vieja química, comenzaba a ser desplazada por un incontenible movimiento de ideas. Conceptos claros y precisos, fundamentados en el laboratorio, alejaban para siempre los sueños conjeturables de la alquimia con los cuales el hombre había edificado áureos castillos. La vocación de Tomás por la Química se hizo notoria de inmediato, y una prueba palpable de ello, se encuentra en las altas calificaciones que obtuvo en los cursos de 1858 y 1859. Dos sobresalientes enaltecen el certificado de estudios que refrenda el Prosecretario de la Universidad. El alumno, no sólo ha recibido con provecho las lecciones del maestro, sino que ha rebasado con creces el nivel medio de sus compañeros.

El joven aspirante Tomás, que cuenta a la sazón veinte

años, solicita su ingreso a la flamante Facultad de Medicina que se había consolidado bajo nuevos aspectos el 29 de octubre de 1852. Su salud era precaria y no condice con el esfuerzo que habrá de realizar para obtener las borlas doctorales, pero el espíritu compensa la inexorable deficiencia y marcha hacia la meta con denuedo.

La Facultad de Medicina ha entrado en un período de progreso encomiable. Su cuerpo de profesores se ha robustecido con el aporte de los exilados, entre los que urge citar a Juan José Montes de Oca. Refuerzan el elenco universitario: Francisco Javier Muñiz, José Teodoro Baca, Nicanor Albarcellos, José María Bosch, Luis Gómez y Manuel Augusto Montes de Oca. El programa de estudios médicos se encuadra en seis años con numerosas materias. Todas ellas se dictan en el Hospital General de Hombres, a excepción de Partos, que tiene su sede en el de Mujeres.

El libro de inscripciones y matrículas de la Facultad de Medicina rinde constancia que junto con Tomás se inscribieron en el primer año, los siguientes alumnos: Antonio M. Silva, Pedro Rosendi, Domingo Salvarezza, Federico Gutiérrez, Lino Loureyro, Lucilo del Castillo, Miguel García Fernández, Germán Segura, Francisco Albarracín y Juan García Fernández.

El viejo Hospital General de Hombres que viene arrastrando deficiencias desde la Colonia, es el centro de la alta medicina quirúrgica. Allí opera y alecciona a sus discípulos Juan José Montes de Oca con precario instrumental y sin los recaudos de la antisepsia que implantarán después su hermano Manuel Augusto y el eminente Ignacio Pirovano.

En ese derruido Hospital General de Hombres, al que las campanas de San Telmo revestían de un religioso misterio, Tomás realizó las primeras disecciones anatómicas bajo la supervisión de Manuel Augusto Montes de Oca y Angel Gallardo. El primero, brillante profesor de Anatomía y Fisiología del joven alumno, el segundo, amigo dilecto y habilísimo disector de la cátedra.

La distancia que mediaba entre la casa de Tomás sita en la calle Libertad 137 a la altura de Corrientes, y el Hospital General de Hombres, hizo que éste recabara del Presidente interino de la Facultad, doctor Martín García, una habitación en calidad de interno del nosocomio para contraerse con esmero al estudio de la ciencia. Cumplido el primer año de estudios, fué necesario alistarse en el ejército del general Mitre que ansiaba vengar la derrota de Cepeda. Su maestro, el doctor Leopoldo Montes de Oca, no dejaba de relatarle los sacrificios de aquella noche lúgubre, en que junto con Santiago Larrosa, Caupolicán Molina, Manuel Fluguerto y el practicante Leiva, debían curar los heridos de Cepeda sobre la marcha. En aquellos momentos, fué el encargado del hospital de sangre establecido en la capital santafesina.

Desde el cargo de practicante menor de ejército, solicita permiso el 6 de febrero de 1862, para bajar de Rosario a Buenos Aires, y rendir examen en la Facultad de Medicina, haciendo notar que no ha tenido una licencia en toda la campaña. Caupolicán Molina recomienda su solicitud al elevarla, y el general Gelly y Obes accede a tan justa petición el mismo día. De este modo, Tomás Perón no interrumpe sus estudios. Dos meses más tarde, el 22 de mayo, se le concede la baja del ejército, que él había solicitado para dedicarse a la enseñanza y a la ciencia. Estos documentos dados a conocer por el extinto profesor Beltrán en su conferencia leída en la clase inaugural del año 1946, demuestran en forma cabal, la contribución patriótica de Tomás a la sanidad militar.

El afectuoso recuerdo que Tomás Perón había dejado en el maestro Puiggarí al cursar los estudios preparatorios y, sobre todo, sus brillantes aptitudes para abordar los problemas de la Química, que abría amplias perspectivas a la especulación, hizo que en 1863, éste lo propusiera a la superioridad para secundarlo en la enseñanza de la materia.

El doctor Puiggarí se hallaba recargado de labor en razón de tener que dictar casi simultáneamente los dos cursos, siendo su proposición apoyada decididamente por el Rec-

tor de la Universidad, doctor Juan María Gutiérrez quien conocía la auténtica vocación del estudiante Perón. El Poder Ejecutivo no desoyó el pedido que llegaba por tan respetable conducto, y el 13 de abril del mismo año, le confió la cátedra de Química primera parte. Es explicable la emoción que debió provocar en su espíritu este fausto acontecimiento. Volver a aquella querida casa que abrigó su adolescencia durante cinco años, y en las condiciones especialísimas en que lo hacía, no era suceso común. Anticipémonos en manifestar que él supo enaltecer esa confianza, y que la acreditó con una contracción realmente ejemplar.

A partir de aquel momento, quedaba trazado el camino del joven Perón en la vida universitaria, pues la química constituyó el objeto preferente de sus investigaciones futuras. Tuvo la suerte de participar en un momento en que los estudios de la ciencia química se encontraban en franco progreso, vinculando su nombre por medio de trabajos de positivo mérito y alto valor científico. Se lo nombró con el sueldo de mil pesos mensuales, cantidad reducidísima de acuerdo a los valores de la época, y por supuesto, inferior al estipulado al doctor Puiggarí. En esas condiciones, se mantuvo el sueldo del joven Perón hasta el año 1868, en que ambos profesores fueron equiparados con tres mil pesos mensuales.

El doctor Belisario J. Montero, que fué discípulo de Perón, y llegó a ser una figura de prestigio en nuestro mundo diplomático, cultivando las letras como complemento de su cultura humanista, evoca al maestro en los más diversos tramos de su actuación docente. Es la figura máxima del relato. Ello prueba la huella indeleble que debió dejar en sus devotos alumnos. Era suficientemente sintético en la exposición general —dice Montero— sobrio en las palabras, parco en el gesto, que a las veces aparecía nervioso. No necesitaba elocuencia; ella brotaba espontánea del hecho, del razonamiento natural, de la lógica cerrada de la experimentación. Y agrega luego, iluminando con afecto la figura del profesor: “Su alegría era inefable al penetrar en ese santuario

misterioso que oculta las energías secretas de la materia, y en esas almas o causas inescrutables de la dinámica universal”. Más adelante, hace notar la diferencia que existía entre las clases eruditas de Larsen o las elocuentes de Goyena. Perón los maravillaba con el atuendo experimental, y por esa vía —agrega— los discípulos creíamos llegar a la dilucidación de los complejos problemas de la materia. El libro de Montero titulado *La Enseñanza de la Vieja Química*, como *Juvenilia y Recuerdos del Viejo Colegio Nacional* de Federico Tobal, difunden un gratisimo perfume de añoranza. Es la obra del artista que rehace el paisaje extinto ante la mirada atónita del tiempo y lo embellece por magia de evocación.

Una idea pintoresca y veraz de los exámenes finales que se desarrollaban en la Escuela de la Universidad nos la dá el doctor Manuel T. Podestá, distinguido médico y diputado nacional por Buenos Aires, en su novela poco conocida y de sabor local, titulada *Irresponsable. Recuerdos de la Universidad*. A pesar de que se propone abordar un tema de sentido estrictamente psicológico, no puede escapar a la sugestión del pasado escolar, y lo hace con una elocuencia y una gracia que nos mueve a glosar algunas de sus páginas, desde que en ellas se halla implicado el recuerdo del doctor Perón.

Dice Podestá que el núcleo total de estudiantes se dividía en tendencias opuestas; unos, posiblemente los más, se tildaban de filósofos, dejándose crecer el cabello, “como si los peines fueran enemigos irreconciliables” y detestaban la química; mientras los otros, los menos, definían su inclinación hacia las ciencias físicas y naturales. Cuando los filósofos debían enfrentarse ante los tribunales de física y química que se hallaban presididos por el Rector de la Universidad, doctor Juan María Gutiérrez, y donde actuaba Larsen, Gigena y Perón, sufrían una terrible crisis espiritual, a tal punto, que Podestá refiere textualmente: “Era curioso ver a uno de nuestros filósofos parado junto a la pizarra sin argumento que discutir, sin réplica que arrojar a la arena

del adversario, y en cambio, en franco contraste, con la fisonomía severa e impaciente del malogrado doctor Perón, que le decía secamente: *Escriba usted, el ácido nítrico y el ácido iodihídrico*. Los filósofos se quedaban tiesos, temblorosos, con la tiza en la mano, sin poder trazar esos jeroglíficos diabólicos, miraban alternativamente al catedrático y a la pizarra, y por último, al techo del aula, con una expresión de resignación desdeñosa que parecía parodiar aquello de: *Perdónale, Señor, que no sabe lo que hace*.

En los primeros días del mes de diciembre de aquel año de 1863, el joven Tomás rendía satisfactoriamente sus exámenes de cuarto año en la Facultad de Medicina, obteniendo un merecido voto de sobresaliente. Ya se encontraba pues en condiciones para presentarse al concurso de practicante mayor en el Hospital General de Hombres. El concurso de selección entre los aspirantes tuvo lugar el 1º de abril de 1864, y este cargo de practicante le fué adjudicado por la Facultad plenamente satisfecha de la prueba científica que ha dado para optar a esa plaza. En esa oportunidad, había acontecido un hecho que merece destacarse. Al concurso de practicantes, se presentaron los estudiantes de quinto año: García Fernández y Perón. El punto para la prueba escrita que se tomó fué el de *síntomas que suministra la lengua*. En ésta —se decía en un documento— el señor García Fernández sobrepasó al señor Perón, no en el estilo, por ser más correcto y elegante el del señor Perón, pero sí en el trabajo científico. En la prueba oral, el señor Perón sobresalió notablemente. El punto señalado era muy poco favorable a los opositores: *Diferencias entre la asfizia local y la gangrena*.

Después de este brillante episodio, se le nombró para el cargo de practicante adscripto a la Sala San Luis dirigida por el doctor Luis Gómez. Meses más tarde, Tomás recaba permiso para ir cumpliendo sus tareas de estudiante con exámenes parciales, y en la medida que lo permite su estado físico. Este abatimiento, que por períodos se agudiza recae sobre su tarea docente en el Departamento de Estudios Prepa-

ratorios, y llega a tal punto, que se ve obligado a delegar el cometido en su compañero de estudios médicos, Juan Angel Golfarini. Este leal amigo, al iniciar la clase magistral de Química, entre otras cosas decía finalmente: "En esta imposibilidad por parte, ha exigido de mi amistad, le reemplace en este desempeño hasta que la Providencia quiera devolveroslo y os permita escuchar de sus propios labios las científicas lecciones que yo por cierto de ningún modo puedo ofrecer". Generoso prefacio del compañero que acepta la carga con la responsabilidad de cumplir su ministerio imposible de superar. Y resignada tristeza la del auditorio que impetra por la convalecencia del inolvidable maestro. A su lecho de paciente llegan los rumores que hacen inevitable la guerra con el Paraguay. Año aciago, éste de 1865, en que ha debido interrumpir sus avanzados estudios y el ejercicio de la cátedra, viéndose privado de estrechar filas en la legión sanitaria que prepara la Facultad de Medicina. Por decreto oficial, ya ha sido designado el cuerpo médico de campaña. Se adscribe al grupo, Juan Angel Golfarini, que nos dejará en un libro, interesantes relatos de aquella cruenta epopeya. La propia Facultad de Medicina se vió disminuída en su acervo docente. La afrenta a la Patria exige el mayor tributo y acuden a las filas el proveccto doctor Francisco Javier Muñiz, Juan José Montes de Oca, Nicanor Albarellos y Angel Gallardo.

Más tarde, cuando llegan los heridos del campo de batalla, se dispone la instalación del hospital de sangre. Y entre los practicantes se contaba el joven Tomás Perón. A pesar de hallarse invalidado por la enfermedad cuando llegan los primeros heridos, se sobrepone, y su comportamiento en el Hospital General de Hombres queda rubricado en la nota que el doctor Montes de Oca dirige al Ministro de Guerra y Marina.

En ella, Perón ocupa el primer lugar junto a los practicantes Loureyro, Silva y Albarracín en el cumplimiento del patriótico deber.

Siempre constituyeron un motivo de recordación los señalados servicios que Tomás Perón había prestado en las penosas campañas, ya referidas. Ignacio Pirovano, el futuro gran médico, en carta a Eduardo Wilde, escrita al día siguiente de aquellas crueles batallas, exalta la pericia y el sacrificio con que Perón cumplía con los heridos esas humanitarias tareas.

En la citada carta que conserva, sin lugar a dudas, un valor inestimable, Pirovano ya lo llama "maestro" a Perón, que lógicamente tenía varios años más de edad que él, y a quien había conocido en su paso por la Universidad a través de sus éxitos crecientes. También lo calificaba de "abnegado y apóstol", expresando seguidamente que las epidemias y las miasmas eran más mortíferas que las guerras. Destacaba, por último, encomiásticamente la actuación pública de Perón en favor de nuestro pueblo.

Respuesto temporariamente de su salud, Tomás cobra fuerzas en el infortunio, y durante el año de 1865 cursa nuevamente sus estudios médicos. Se vivían momentos intensos llenos de preocupaciones, mientras la enseñanza universitaria sufría tropiezos motivados por la guerra exterior. Al año siguiente, al realizar el curso de Partos, Tomás Perón debía cumplir con el internado obligatorio en el Hospital de Mujeres. Parece ser que ese cambio de ambiente no se avino a sus modalidades espirituales, pues existe constancia de que la Hermana Superiora discrepaba con el inquieto y acaso liberal practicante. Para remediar este pintoresco episodio, la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, solicitó el cambio del practicante, y el mismo Tomás con anterioridad lo había hecho por su parte, expresando que, cumplida la misión reglamentaria, solicitaba reintegrarse al Hospital General de Hombres, donde hallaba el clima propicio para sus estudios. En una nota escrita elegantemente se fija la desinteligencia del inquieto alumno, para quien la férula religiosa, no rezaba quizá en sus ajustados cánones.

De este modo, finalizaba los seis cursos obligatorios de

la carrera, y de inmediato, el médico en ciernes, solicita rendir examen general, y advierte que, en el caso de que éste fuera satisfactorio, su tesis versará sobre *Envenenamiento por Acido Arsenioso*. Será obvio recalcar, que el examen general se realizó el 12 de marzo ante una mesa presidida por el Presidente de la Facultad, y los doctores Alvarez, Albarellos, Peralta, Montes de Oca, siendo aprobado por unanimidad. Dos días más tarde, se cumplió brillantemente el examen de tesis sosteniendo el joven Perón el tema que había propuesto. Como en la anterior oportunidad, los doctores Montes de Oca, Albarellos, Bosch, Pardo y Arauz, lo aprobaron unánimemente. Padrino de la tesis fué el doctor Leopoldo Montes de Oca, médico y consejero del flamante galeno. El hecho tuvo resonancia en el ambiente profesional a través del comentario de revistas especializadas. La tesis se publicó en 1867, consta de 62 páginas, y lleva el pie de imprenta de don Pablo E. Coni. Como puede inferirse, el tema se vincula no sólo a la materia química que dominaba el doctor Perón, sino también a la toxicología y a la medicina legal. Bajo esos tres aspectos, el autor va desarrollando su plan de trabajo.

Cumplido exitosamente este último ciclo ante el tribunal examinador, el mismo día de haber sostenido su tesis, Tomás Perón poseído de indescriptible emoción propia del acto, prestó el tradicional juramento. En la misma fecha, el Consejo de Higiene Pública, presidido por el doctor Luis María Drago, y actuando como secretario, el doctor Montes de Oca, lo invitaba a participar como miembro honorario de la corporación, atendiendo a su condición de profesor de Química de la Universidad, y en mérito a los conocimientos competentes en asuntos químico-legales de que se ocupara muchas veces. Al comunicar el nombramiento, el Consejo de Higiene Pública lo felicitaba en el día de su doctorado en Medicina.

Había terminado la carrera universitaria a los veintisiete años, después de haber sufrido los numerosos inconvenientes, ya relatados. Se entregó a ella con verdadero amor,

siendo notable su dedicación a los enfermos, en cuyo bien llegó muchas veces hasta exponer su propia salud.

Pocos meses más tarde, el Ministro de Gobierno, a propuesta del Consejo de Higiene Pública, lo designó Médico Parroquial de San Miguel. Fué el único que se graduó de Doctor en Medicina en 1867.

Debido a los meritorios antecedentes y títulos del doctor Perón, su maestro José María Bosch, en una oportunidad, le cedió el sitial de la cátedra de Clínica Médica para que enseñara a sus alumnos. El doctor Bosch era un clínico avezado recibido en Buenos Aires, compañero de curso del doctor Alvarez, que había perfeccionado sus estudios en París, en la escuela de Andral. A raíz de la mencionada cesión, se produjo cierta inquietud estudiantil. Puede decirse que se trataba de una designación de carácter extraoficial, hecha por su antiguo profesor, a quien se hallaba vinculado por fuertes lazos de amistad y que se respaldaba en la solvencia científica de Perón. Refiere la crónica periodística, que fué necesario tomar una actitud que asentara la autoridad del nuevo catedrático, y con tal motivo, su maestro concurrió al estrado para oír las eruditas lecciones de Perón. La presencia del respetable profesor gravitó en el ánimo de los estudiantes, que comprendieron en su verdadero alcance la equivocada postura asumida por ellos, y de inmediato, desapareció dicho malestar.

Eduardo Wilde, uno de los escritores más originales del ayer argentino, lo recuerda en páginas emotivas. Participaba el joven Perón de las alegres reuniones porteñas que tanto brillo daban a la sociedad de entonces. Concurría a los bailes del Club del Esqueleto, famosas tertulias matizadas por sus compañeros de la Universidad y del Hospital, donde los Gutiérrez, los Pirovanos, los Tamayos, los Gil, los Larrosas, sacaban al patio las camas de la pieza de la calle San Juan, y a los compases de una flauta y de un piano se comenzaba a danzar.

El doctor Santiago Larrosa, asistente infalible a esas ter-

tulias, confesaba que pocas veces había disfrutado de reuniones más amenas, pese al disgusto que le causaba ver trancadas las mesas y compuestas las sillas con los omóplatos y tibias de los difuntos que suministraba la sala tercera del Hospital. También Wilde con su fino humorismo, se encarga de destacar la influencia manifiesta de los estudiantes de medicina en la vida política bonaerense, pues aquellos no podían quedar al margen de las luchas partidistas. Son muchos los episodios dignos de narrar, donde la juventud actuaba decididamente prestando su colaboración y apoyo, tanto en los comicios, como en el recinto del Congreso. Con un verismo extraordinario, relata Wilde, las elecciones reñidas que hubo en 1866, en la que sobresalieron numerosos estudiantes de medicina, a pesar de que ninguno “sabía de qué se trataba y en virtud de ello, todos naturalmente, éramos apasionados partidistas”. En esas divertidas andanzas, figuraban aquellos amigos inseparables de la juventud: Ricardo Gutiérrez y Tomás Perón.

Le tocó al flamante galeno hacer armas contra la epidemia colérica que asedió a la ciudad de Buenos Aires en forma intensa en 1867. Al doctor Perón se le asignó con carácter oficial la función de médico de la Parroquia de San Miguel, y el cuerpo integrante estaba formado por los principales facultativos de la ciudad. Esa actividad fué cumplida con notable eficiencia, ya que en la referida parroquia, el flagelo no hizo sentir sus efectos, como había acontecido en años anteriores.

Los comienzos de la práctica profesional no podían ser más abnegados y difíciles para el reciente graduado, máxime ante la presencia de una enfermedad de etiología desconocida, y que se prestaba a todas las conjeturas, privando, claro está, según Juan Angel Golfarini —quien estudió el curso de la epidemia de 1867 con ahinco—, el concepto de la espontaneidad.

No entraremos en más detalles sobre este pavoroso cuadro de incertidumbre que agobió al cuerpo médico de Buenos

Aires, pues nuestro propósito ha sido tan sólo dar las tintas del cuadro en que debió debatirse el médico novel, y los peligros a que se hallaba sometida su insolvencia física.

En posesión del título doctoral, y repuesto un tanto de la delicada afección pulmonar que lo abatía por periodos, el doctor Perón se incorporó el 28 de junio de 1867 como miembro titular de la Asociación Médica Bonaerense, que se hallaba presidida por el Dr. Montes de Oca.

Abierto el ánimo en las esperanzas más halagüeñas, rodeado de la admiración de sus discípulos y maestros, es reclamado a la función de gobierno. Sus incursiones en la política, de la que participaban otros compañeros, hizo que en las elecciones del año 1868 resultara elegido para ocupar una banca de diputado en la Legislatura de Buenos Aires. Como es fácil observar, no podía quedar sustraído a esas luchas candentes un talento desvelado y sagaz como era el suyo. Y entonces, con el frío criterio del hombre de experiencia, sin desconocer los peligros que entrañaba su actitud, ocupa un puesto en la columna de los reformadores, agregando un matiz decisivo en el planteo de los problemas que definían la cultura y la sanidad del país. En efecto. En las elecciones que se realizaron el 29 de marzo de 1868, su nombre se unió a los de Juan S. Fernández, Carlos Casares, Santiago Larrosa, José María Moreno, Alfonso Demaría, José Evaristo Uriburu, y otros para conformar la Cámara provincial.

Será obvio aclarar, que no fué precisamente en la Legislatura donde hizo gala de su vasta cultura. Sin embargo, diremos que durante las sesiones de aquel año, a las que concurría asiduamente debido a una leve mejoría en su salud, dejó marcas imborrables de su acción constructiva, pues dió como frutos de su labor importantes medidas de gobierno. Sus intervenciones se ajustaron, por supuesto, al campo en que su asesoramiento era inexcusable. Como médico, prestó su colaboración a los problemas de la higiene y la salud pública, y al discutirse los presupuestos de gobierno, fijaba su atención en las necesidades primordiales de los hospitales.

Buscando el bien del pueblo, su máxima aspiración, se le observa en la sanción de la ley sobre higiene de los saladeros. Con ese elevado espíritu de legislador, le preocupa la desinfección de las materias animales resultantes de las faenas de aquellos establecimientos y alza su voz en el recinto de las cámaras para hablar sobre los gravámenes correspondientes. Vinculado al estudio intensivo de tales problemas, se aboca con seriedad al de las condiciones de trabajo en los saladeros y graserías existentes en las márgenes del Riachuelo, señalando el peligro de su ubicación para la población metropolitana, peligro que luego se comprobaría con la trágica fiebre amarilla de 1871. También se le vió sentar juicio en la reestructuración del Consejo de Higiene Pública, la Administración de Vacuna, y en todos aquellos problemas edilicios competentes a la higiene social. Bregó por la creación de una cátedra de Química Industrial, y señaló a la Cámara la necesidad de poner en manos de expertos nacionales las industrias madres del país explotadas, sin excepción por técnicos foráneos.

Este contacto personal de carácter político, lo llevó a frecuentar las figuras más prominentes del país, y fueron ellas, precisamente, Nicolás Avellaneda, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Julio A. Roca, Eduardo Wilde, José María Moreno, José María y Francisco Ramos Mejía, Delfín Gallo y otros tantos, quienes apreciaron las sencillas, pero dignísimas dotes que lo adornaban. Esa contribución y sus títulos, hicieron que más tarde, cuando el infortunio abatió su físico, fueran presentadas a la consideración pública para gestionar su jubilación que logró ser consagrada con la más honrosa distinción.

Alentando el progreso de la ciencia, y el espíritu de investigación, abogó el doctor Perón para que no existieran inventores sin estímulo ni apoyo, a los que incitaba a agruparse en una entidad que los defendiera. Se ha escrito que fué el primer presidente de la Sociedad de Inventores, institución que debía hallarse inspirada en el sano propósito de impulsar la

industria incipiente, entendiéndose que era el camino más adecuado para lograr la independencia económica.

El gobierno agobiado por los distintos problemas de salubridad, renovación edilicia, proveeduría higiénica de la urbe, requería a menudo el ilustrado criterio del doctor Perón, que se compartía casi siempre con el de su maestro, doctor Puiggarí. Así lo vemos participar asesorando al Gobierno con sus valiosos dictámenes químicos al lado de su apreciable colega de la Universidad.

Le corresponde al doctor Beltrán, la enumeración de los diversos cargos desempeñados por Perón dentro de una índole que escapa naturalmente a su función docente. Nosotros, lo relatamos sin abandonar sus perspectivas, ya que esas funciones son tan sólo una pauta que revela la multiplicidad de sus aptitudes.

Poco antes que el vómito negro atacara a la ciudad, el Gobierno le había encomendado el análisis químico de las aguas del Riachuelo. El 10 de junio de 1869, elevó un luminoso informe al respecto, donde se aconsejaba practicar un análisis de las aguas del Riachuelo desde Barracas hasta el Paraná, resolviendo este importante problema. Por su consejo, los saladeros fueron clausurados temporariamente durante el desarrollo de la peste. Es indudable, que el Gobierno y nuestra población, siempre miraban preocupados hacia las márgenes del Riachuelo. Un diario de la época relataba: "El lecho del Riachuelo es una inmensa capa de materias en putrefacción. Su corriente no tiene ni el olor del agua: unas veces sangrientas, otras verde y espesa, parece un torrente de pus que escapa a raudales de la herida abierta en el seno gangrenado de la tierra".

En su estudio amplio y completo, llegó a la conclusión de que el Riachuelo constituía una fuente infecciosa que debía tenerse en cuenta. Por eso, arbitraba medidas para hacer desaparecer todos los focos que infectaban sus aguas. Resultó ser una contribución importante para la lucha contra la epidemia que más tarde azotaría a la ciudad. El doctor Tomás Perón dejó como legado a la posteridad un estudio erudito para reali-

zar, y hasta ofrecía su vida si hubiera sido menester. Todavía en la actualidad, puede decirse, que su trabajo sirve como elemento de estudio para resolver un problema que tanto afectan los intereses de la salud de la población.

Paralelamente a esa labor intensa que desarrolló en aquellos años, puede agregarse el desempeño que tuvo como Inspector de Farmacias y Saladeros. Con posterioridad, formó parte del Consejo de Inspectores de Farmacias, Mataderos y Mercados. También son dignos de recordarse, los desvelos que puso estudiando el problema de la quema de la basura y de los hornos incineradores, como en el de la elaboración del guano animal con los residuos sólidos y líquidos de los saladeros y graserías.

Su nombre como profesor de Química en la Universidad se halla prestigiado por la firme dedicación que consagra a la disciplina. Y desde luego, que para un espíritu inquieto como era el suyo, no pueden pasar desapercibidos los progresos de la Química que, por conducto de los libros llegan desde Europa.

El doctor Herrero Ducloux en su erudito trabajo sobre los estudios químicos en la República Argentina a través de un siglo (1810-1910), recuerda al profesor Perón, agregando que favoreció con sus conocimientos la futura ramificación de la ciencia argentina. Perón estuvo en contacto permanente con el profesor español Puiggarí, como ya dijimos, y así pudo participar de los valiosos conocimientos que aquél transmitía desde la cátedra, a través de ilustrativas conferencias, en sendas publicaciones de revistas científicas, además, como consejero de industriales y autoridades, y por último, como fundador de la enseñanza de la química moderna. Como lo hemos expresado, repitiendo al sabio Herrero Ducloux, tal es el título que le corresponde a Puiggarí dentro de los ámbitos de nuestra ciencia, a la que llevó a gran altura, pudiéndose sumar en tales progresos el nombre de Tomás Perón.

La cátedra porteña siguió las lecciones del eminente Decano de la Escuela de Medicina de París, y a tal efecto, el profesor Perón encomendó a uno de sus más aventajados discípulos Pedro Narciso Arata para que realizara la traducción.

ción de varios puntos tratados en la obra de Adolfo Wurtz.

Le interesaba al profesor, la teoría moderna de los Tipos Químicos, que entonces era aceptada por las escuelas europeas. Perón hubiera querido que cada uno de sus alumnos contara con un ejemplar de la obra de Wurtz, y reclamó un subsidio a la Universidad para que se imprimiera la cantidad de doscientos ejemplares. La Universidad por intermedio de su Rector, doctor Gutiérrez, gestionó el pedido ante los poderes públicos, pero el ministro en nota dolorida se refugió en las restricciones del erario. Para salvar esa dificultad, el doctor Perón conversó con sus alumnos sobre la conveniencia de realizar una copia manuscrita bajo su vigilancia, y fué entonces cuando un alumno del curso, el joven Ramón Mendoza, ofició de Mecenaz, costeadando de su peculio los gastos de la impresión. La edición de los *Tipos Químicos* fué tirada en los tórculos de la casa Coni, y la prologó con notorio beneplácito el doctor Perón. Así consiguió hacer llegar a sus discípulos una obra que lo apasionaba, pues veía en ella el camino hacia nuevos rumbos.

Belisario J. Montero en su interesante libro al que nos hemos referido más arriba, recalca el entusiasmo con que el doctor Perón explicaba la teoría atómica comprendida en la obra de Wurtz. Con el auxilio de ella, se podían plantear subyugantes hipótesis sobre la desintegración de la materia, y la experimentación cobraba singular atractivo.

En ese período, Perón había reemplazado al doctor Puiggarí en el ejercicio de la segunda cátedra durante una breve licencia, y así pudo continuar deslumbrando a los estudiantes con ese entusiasmo que ponía en sus lecciones.

En el campo del método preciso y la práctica *in vitro*, los alumnos se desenvolvían también con deleite, y Montero relata con inimitable *humour* las experiencias realizadas en casa de algunos *dilettantes* con los explicables resultados...

Una feliz oportunidad nos ha permitido establecer contacto con el único sobreviviente que concurrió en calidad de alumno a los cursos del doctor Perón. Nos referimos al Sr.

Celesto Fernández Blanco, quien en el año 1876, según su propia declaración, cumplía los estudios preparatorios en la escuela de la Universidad.

Huelga decir, cuán grato le fué a este provecito y respetable ex-alumno, evocar la imagen del malogrado maestro de química, máxime cuando supo que deseábamos animar aquel lejano período universitario, siguiendo el derrotero espiritual de Gutiérrez, Cané, Tobal, Podestá, Montero, etc.

Tratábase en efecto —nos dice— de un profesor sumamente apreciado y querido por todos. Y sus lecciones tenían para mí un particular interés, pues deseaba inscribirme en la Facultad de Ingeniería, propósito que consumé al año siguiente. No sin cierta melancolía, declara el señor Fernández Blanco, que de los 152 alumnos que ingresaron en 1877, él es el único que desafía las marcas regulares del Tiempo. Sus clases —prosigue luego con vivacidad— eran sumamente interesantes y denotaban un ahincado conocimiento de la materia. Desde el año 1870, ya se perfilaba en los ámbitos científicos su promisoria personalidad. Muchas veces, quebrando el rigor de la exposición magistral, solía referirnos anécdotas de su viaje a Europa, donde se puso en contacto con el eminente químico Sainte Claire Deville. Este profesor enseñaba en la Sorbona y era irreconciliable enemigo científico de Wurtz, el cual, como hemos visto, propugnaba la teoría atómica, mientras el otro, difundía la de los equivalentes químicos.

Refiere el Sr. Fernández Blanco, que en una de las clases de la Sorbona a las que asistía Tomás Perón le fué dado observar, con explicable sorpresa, la presencia del querido compatriota Oscar Knoblauch, quien escuchaba emocionado la palabra de Sainte Claire Deville. Y hete aquí que mientras el maestro argentino asentía con un movimiento de cabeza los conceptos que devanaba el sabio profesor francés, susurraba quedamente al amigo: “Así lo enseña en Francia, Sainte Claire Deville y esto lo digo yo”.

Fernández Blanco, que habló con Manuelita Rosas en

1882, recuerda una pléyade de compañeros de la Universidad de Buenos Aires, que asistían a las lecciones de la Sorbona, muchos de los cuales habitaban en el *Quartien Latin*: González Garaño, Facundo Larguía, Juan Bautista Borbón, Luis Güemes, Ignacio Pirovano, Carlos Roberts, Miguel Murphy, J. B. Maglione, Carlos Castro Sundbland, y los doctores Valdez y Señorans, de lucida actuación en la década que siguió al 80.

Cuando nuestro libro tenga configuración real, imaginemos la fina nostalgia que invadirá al señor Fernández Blanco, viendo desfilar las imágenes de maestros y condiscípulos por aquella “manzana de las luces” que aún hoy desafía a los rascacielos que la ensombrecen. Y será sin duda, un premio para su generosa disposición, recorrer con la vista nublada este homenaje al maestro extinto que resucita frente al pizarrón explicando la teoría de los tipos químicos, una de las conquistas más notorias de aquella época.

Este es el período de tiempo en que el doctor Perón re-pechando sin tregua con su salud, impone la gravitación de maestro sin par ante el juvenil auditorio. De ahí, que nunca dejara de recordarlo, y lo cita en *Mis Memorias* el doctor Ezequiel Ramos Mejía. Elogiábalo en sus pláticas íntimas el doctor Obejero, y con emocionado recuerdo su discípulo predilecto, el doctor Arata.

Es realmente plausible que el doctor Montero haya conservado en sus deleitables páginas tanta gratitud hacia los maestros de su generación, ya que nadie más que el propio discípulo puede darnos el calor, la viveza, y la profundidad de los estados de ánimo compartidos en horas lejanas. Gracias a Miguel Cané, Gutiérrez, Quesada, Tobal, Navarro Viola, Pillado, Wilde, Obligado, y tantos otros, conservamos preciosas crónicas que el recuerdo oral habría deformado lamentablemente. Y es así, como Gastón Federico Tobal ha podido enriquecer y vitalizar con su elegante pluma, esa delicada semblanza del doctor Perón que nos acaba de ofrecer en *De un Cercano Pasado*. Mañana las generaciones en trance, ten-

drán que agradecer en materia de historia médica argentina esa tarea a Mallo, Albarelos, Cantón, Aráoz Alfaro, Arce, Cranwell, Beltrán, que no dejaron escapar las imágenes atesoradas en sus arcones mentales, y que acreditan la gloria de nuestro pasado.

Se dijera que la estimación que el brillante médico había conquistado en el ambiente científico de la Gran Aldea, retemplara su salud, y le diera ánimos para prodigarse a todas las solicitudes. La cátedra, la legislatura, la atención de sus pacientes, las tareas en la Revista de la Asociación Médica Bonaerense, la férula cotidiana del laboratorio junto al doctor Puiggari, no le daban descanso. Con todo, su pasión absorbente se condensa en la Química, y en ella concilia la posibilidad de acrecentar el rendimiento industrial de nuestras riquezas. Perón quiere adiestrar científicamente a las generaciones que pasan por sus manos, y pone en ello, un empeño de catequista. Su verdadero testamento político, trazado en el momento cenital de su intelecto, se halla condensado, sin duda, en la conferencia que pronunció en la sede de la Asociación Médica Bonaerense en el mes de agosto de 1869. Ocupaban esa tribuna las personalidades más descollantes del círculo profesional, y las veladas literarias —como se las distinguía entonces— significaban una cita inexcusable para la familia de los asociados. La Revista había anunciado la conferencia del doctor Perón, en calidad de primicia, bajo el sugestivo título de *La Química y la Vida*, y ello acrecía la expectativa. Su planteo inicial fué claro y preciso. “La vida —comenzó diciendo— es una gran síntesis a cuya realización concurren todas las fuerzas de la naturaleza. Es el extremo de una cadena de fenómenos, cuyo primer eslabón lo forma el átomo inorgánico que busca el átomo para unirse”. Con esa introducción entra en materia, y recorre los métodos analíticos con carácter estrictamente filosófico. Aborda problemas de vital importancia, en los que se refleja el influjo de la doctrina positivista y experimental que campeaba a la sazón. “El estudio de la vida —dice Perón— no puede realizarse sino

por el conocimiento de la materia, desde su primer paso en el sendero de su eterna actividad hasta su último y más completo desarrollo". El brega por la experimentación *in vitro* y escapa al empirismo dominante. No ha faltado quien al juzgar la disertación, haya descubierto en ella una esencia panteísta, y en cierto modo, un grado de irreligiosidad. Pero ¿puede fijarse una determinación tal, por el solo motivo de que el investigador pretenda adentrarse en el recinto de la verdad? ¿Se ofende a Dios indagando el misterio de su propia creación? ¿No es acaso un modo de acercarse a El? El mismo Moleschott no se cansaba de repetir que su condición de hombre de ciencia no le impedía de ser un ente religioso y moral.

El doctor Perón era un apasionado de su materia e iba con ella abstraído en un solo pensamiento: servir y aguzar la mentalidad juvenil que pululaba en los claustros universitarios, ansiosa de conocimientos. Ya nos ha referido Montero como discutían y se adiestraban en la polémica los escolares. El cenáculo acampaba en la nutrida Biblioteca de la Universidad, pues no era posible la adquisición de libros europeos, e inabordables las traducciones locales. Pero en una u otra forma, las ideas nuevas ascendían. Acalladas las lirras quejumbrosas de Lamartine, Byron, Musset y Heine, el mundo quería ver el paisaje con los ojos límpidos. Las lágrimas de Werther habían empañado el cristalino... Los filósofos cuidaban la precisión de los conceptos, y se hablaba de filosofía científica como si fuera un signo de debilidad dirigida hacia un contenido netamente espiritual.

No le quitemos entonces un alto sentido a esta conferencia despojándola hacia una interpretación presuntiva o falaz. El disertante sustenta la calidad de hombre de ciencia y como tal se conduce. Cuando desciende del estrado ya nadie puede dudar de su conciencia cristiana. Toda su vida es un fervor de humildad y en ninguno de sus actos ofende la majestad de Dios. De ahí, que las ideas expuestas por el inteligente en la inolvidable velada de la Asociación Médica Bonaerense, ofrezcan un magnífico testimonio de sabiduría.

El acontecimiento más importante de la vida universitaria del doctor Perón, es sin duda, el acaecido con motivo de la oposición suscitada para ocupar el cargo de profesor titular en la cátedra de Medicina Legal de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Esa cátedra creada, merced a los esfuerzos del gran Rector Gutiérrez en contra de la opinión del cuerpo académico de la Facultad de Ciencias Médicas, y de varios integrantes de la misma Cámara de Diputados, fué un jalón triunfal en la carrera del doctor Perón. Su opositor era el doctor Pedro Mallo, joven ilustrado de la época, quien también prestó notables servicios a la Facultad de Medicina de la que más tarde sería su historiador. El certamen se llevó a cabo en la Universidad, y el jurado lo presidía el Rector de la Universidad, doctor Gutiérrez.

Eran miembros: Guillermo Rawson, M. González Catán, Luis María Drago, M. Porcel de Peralta, Ventura Bosch, Julián Fernández, Miguel Estevez Saguí, José María Moreno, Pedro Pereyra, Bernardino Sepluzzi, Bernardo Weiss y Carlos Murray, actuaba como Secretario, el de la Universidad, doctor Carlos J. Alvarez. La sola mención de este elenco muestra la calidad de sus componentes. La tesis que debía sostener el doctor Perón sobre un asunto médico legal la escribió en sólo cinco días. Consta de 37 páginas, y he aquí las proposiciones: ¿Puede parir una mujer sin saberlo? ¿Por cuántos días son susceptibles de reconocerse los signos de un parto reciente? ¿Cuáles son los estados o enfermedades con las que se pueden confundir las consecuencias de un parto? La bibliografía que menciona en la disertación es amplia y rigurosa dentro de la época. Ello no obstante, efectúa una incursión retrospectiva en el campo de la historia de la medicina partiendo de Hipócrates para llegar luego de un rápido comentario a Casper, Mata, Orfila, Bardach, Haller, etc. La observación personal es precaria, aunque se apoya en algunas observaciones de su compañero de estudios Ricardo Gutiérrez, realizadas en el Hospital de Mujeres.

Casper y Mata son los dos consejeros científicos que sus-

tentan sus reflexiones, y ellas se van devanando con técnica diestra y asequible a la comprensión. El triunfo le fué acordado al doctor Perón. Lástima grande que la cátedra tuvo una vida efímera, pues después de regentearla, los doctores Perón y Mallo en 1871, desapareció en las postrimerías del año siguiente. Pero desde aquí el nombre del doctor Perón se acrecentó en prestigio para la sociedad porteña. Es que en él, estaba condensada aquella suma de virtudes que para honra de la patria, quedó consagrada en sus anales como la generación del Ochenta. Pléyade de humanistas, con un cabal sentido de la responsabilidad cívica y afanosos para dar estructura condigna a la Nación en los aspectos representativos de la cultura.

Juzgado Tomás Perón a través de las referencias documentales que hemos podido acumular, y las versiones recogidas indirectamente por vía oral, uno acaba por formarse juicio de su extraordinario valimiento. Y hasta llega a preguntarse: ¿Porqué fué circunscribiendo su actividad exclusivamente al campo científico? ¿No lo habíamos visto triunfar acaso en todas las palestras que surgieron a su paso? El concurso de practicante mayor en 1866, la elección de legislador en 1868, la contienda para la opción de la cátedra de Medicina Legal en 1870, ¿no era su palabra reposada y cauta la que primaba en las reuniones científicas de la Asociación Médica Bonaerense cuando se debatían los más arduos problemas de índole profesional? Es indudable que la enfermedad que minaba su existencia, iba limitando su proyección en la esfera pública y lo contraía a su apostolado específico: la ciencia. Por esta época no obstante, todavía parcela su tiempo en múltiples actividades: redacta informes de salubridad junto con su ilustre maestro Puiggari, legisla en la Oficina de Patentes y Marcas, atiende la redacción de la Revista Médico-Quirúrgica, y no falta a las reuniones del Ateneo de la Asociación Médica Bonaerense, donde desde 1870 se debate apasionadamente sobre la etiología de la fiebre amarilla que hace su aparición embozada en la ciudad.

Nunca habrá medios expresivos para reeditar fielmente lo que fué la ciudad en los meses de abril y mayo de 1871. Precisamente, en esos días trágicos cuando las principales autoridades del país trataban de huir de la ciudad, hasta los médicos decidieron imitarlos. En tanto, nuestro “soldado blanco”, como ajustadamente se le puede llamar, lanza a la circulación unas hojas impresas a modo de aquellos célebres bandos para contrarrestar, quebrar, el desaliento y la incompreensión de los galenos. En ellas, pone en evidencia la cobardía de sus colegas en la precipitada fuga, llegando hasta ofrecerles pasaportes para el extranjero, donde estarían libres, decía, del terrible flagelo. La sabia reprimenda del médico tuvo sus efectos inmediatos, dándoles un ejemplo de ética profesional y de coraje civil. Sus famosas hojas impresas se convirtieron en un formidable látigo contra los malos profesionales que desoían los llantos y los gritos angustiosos de la muerte que todo lo envolvía. El doctor Perón, miembro del Consejo de Higiene Pública y de la Asociación Médica Bonaerense, destacado además con comisiones sanitarias en la parroquia de San Miguel, no tuvo descanso trabajando con el doctor Felipe Ardenghi.

La Comisión Popular de Salubridad, presidida por Héctor Varela le nombró el 27 de mayo médico con la dotación de \$ 10.000 de la moneda corriente. En un gesto que lo enaltece, rechazó los sueldos, y su desprendimiento se hizo efectivo al no retirar la medalla que fué repartida a todos los abnegados servidores de la Patria que se habían distinguido en la terrible epidemia. Sin embargo, tanto él como otros facultativos debieron soportar la crítica injusta que nace de la propia desesperación. Era imposible concurrir a todas las solicitudes. La ciudad estaba herida de muerte en la masa de la población.

“La Porteña”, habilitada como vehículo mortuorio, partía cotidianamente de la calle Centro América y Corrientes hacia la Chacarita, con el hórrido producto de la siega. El cementerio del Sud, ahíto de cadáveres e inundado de cal viva

había sido clausurado. La familia médica corría el riesgo de ser totalmente aniquilada. Las figuras venerables de Muñiz, Bosch, Señorans, Argerich, Molina, Zapiola, Lucena, French, Riva, habían caído frente al enemigo en misión apostólica y luchaban denodadamente Mattos, Larrosa, Perón, Montes de Oca, Wilde, Gallardo, Golfarini. El doctor Perón salió indemne de la titánica lucha, acaso porque la fatalidad lo había herido con un mal incurable que iba minando paulatinamente su organismo.

Abandonamos el panorama dantesco del año 1871 que el doctor Perón sorteó milagrosamente, para llegar a otros más propicios. A mediados de 1874, el Ministro de Gobierno, doctor Amancio Alcorta hace saber al Presidente de la Facultad de Ciencias Médicas que el Poder Ejecutivo ha acordado al Dr. Perón la suma de \$ 3.000.— mensuales para trasladarse a Europa con fines de perfeccionamiento. De esta suerte, Perón prolongó el ciclo de los becados rivadavianos: Portela, Fonseca, Rivera y otros, fueron los primeros abanderados que tendieron un cable intelectual entre la joven América del Sur y la fascinante Europa del siglo 19. Después, siguió la peregrinación ininterrumpida con los nombres de Gutiérrez, Gallardo, Pirovano, Montes de Oca, que soñaban con traer a su patria las últimas conquistas de la antisepsia y del instrumental moderno. Ignoramos a qué término llegó la permanencia del Dr. Perón en Europa, pero tenemos constancias epistolares de su estada en París en cartas que se conservan suscriptas en el año 1875. Casi podría asegurarse que al descender a la Meca científico-intelectual de la época su primera visita fué para los químicos Wurtz y Sainte Claire Deville, quienes habían ensanchado los horizontes de la materia a través de subyugantes teorías, y por los que Perón guardaba no sólo la admiración del discípulo, sino la certeza de sus extraordinarios valimientos.

Es un premio a su labor ininterrumpida, a su inquietud científica y a su afán de ponerse en contacto con las personalidades europeas, a las que se hallaba vinculado por un ac-

tivo intercambio epistolar. A esta distinción especialísima, se agregó otra por conducto del mismo Gobierno, pues al organizarse el régimen de la Universidad, y establecerse las Facultades de Humanidades y Filosofía, Matemáticas, Derecho, y Ciencias Sociales, y Ciencias Físicas y Naturales, el Poder Ejecutivo lo designó profesor y académico de esta última.

Allí trabaja incansablemente el académico hasta el 5 de mayo de 1887, en que renuncia obligado por su enfermedad. Al mes siguiente, la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas por unanimidad de votos, le nombra miembro académico honorario en mérito a los importantes servicios prestados a la enseñanza de la Universidad, y en especial a ese Instituto. ¿A qué más podía aspirar este hombre que luchaba con la adversidad de su salud, y que tan sólo fincaba su afán en el cultivo de la ciencia?

El Dr. Gastón Federico Tobal, en una expresiva y reciente semblanza, lo ha evocado enfermo ya, partiendo hacia la Facultad: “llegaba a la clase —dice— con el paso torpe, macilento, la tez encendida, los ojos febriles; pero cuando retomaba el hilo de la exposición, con el fervor de la cátedra, era como si cobrase aquella arrogancia viril de los años mozos que iluminaba de nuevo su rostro, en el que lucía la frente muy amplia, la tez fina, la herencia nórdica de la madre, los ojos expresivos y brillantes”. Vívida emoción y cumplido homenaje al amigo dilecto de su padre, que logra transfundir un aroma de gratitud, pese al tiempo transcurrido.

Diez años de actividad docente, los que corren desde 1875 a 1885, marcan el tránsito de una vida nobilísima que se sobrelleva con penosos intermedios físicos. Buenos Aires va entrando ya en una era de progreso incontenible. La inmigración se vuelca sobre los predios hospitalarios con características de alud. Panoramas y visiones sobrepuestas cruzan la mente del ilustre médico que vió pasar a Rosas glorificado por las masas populares, desfilar a Urquiza por la calle del Perú, arder los vivacs en las noches tristes de Pavón, asistir a los desembarcos de heridos en Curupaity, compartir las jor-

nadas dantescas de la fiebre amarilla . . . Este que se proyecta ahora es otro Buenos Aires. El siente que no le pertenece, sus fuerzas flaquean cada día, y tan sólo la voluntad de servir a un propósito irrenunciable, lo sobrepone. ¡ Por fin, cuajan las luminosas directivas de Juan María Gutiérrez, aquel gran Rector que presidió el jurado de 1870! Los profesores contratados en Europa van diseminando la semilla. Ayer fueron Mosotti, Carta Molino, Ferraris, Sack; hoy prosiguen Ramorino, Rosetti, Stroebel, Spegazzini, Speluzzi . . .

Es doloroso que el joven que hizo sus primeras armas docentes en una alegre mañana del 63, deba abandonar el lecho de paciente para cumplir la tarea. Tan aflictiva es esta situación, que la prensa periódica, amigos y colegas del Parlamento Nacional, hacen oír su voz.

Al doctor Delfin Gallo, representante de la provincia de Tucumán al Congreso, le tocó fundar el proyecto que proponía la jubilación del doctor Perón con sueldo íntegro, y que firmaban sin discrepancia los diputados Ruíz de los Llanos, Solveyra, Olmedo, Ibarra y Demaría. En ese entonces, el Dr. Gallo gozaba de los más altos fueros en la sociedad porteña y pronunció una oración laudatoria que fué acogida con el unánime consenso del Cuerpo Legislativo. De modo tan honroso y tan poco común en los anales de la Legislatura, quedó consagrado un acto de reconocimiento hacia este hombre que había entregado a las generaciones argentinas el más alto tributo de su capacidad mental, y que invalidado por una enfermedad cruel debía supeditarse al retiro. Se le concedió la pensión jubilatoria con el sueldo que le correspondía como profesor de química de la Universidad.

El título de académico honorario de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, fué el último vínculo que mantuvo su nombre inscripto en el cuadro de los valores universitarios consagrados. Le llegaba con el consenso unánime de sus pares, y el beneplácito de los estudiantes que siempre vieron en él al maestro por antonomasia. Retirado en su casa quinta de Ramos Mejía, buscando en el clima casi rural un

aliciente para su salud resentida, el Dr. Perón encontró en la naturaleza y en la vida hogareña una religiosa conformidad. “En su retiro forzado no cesaba de estudiar. Se consideraba un tanto aliviado al distraer su fiebre, tenaz y mordiente, con la lectura de los libros y revistas que se ocupaban de la química. Manifestábase entonces conformado con su destino, como esos antiguos locatarios a quienes la costumbre familiariza con las incomodidades de su morada”. En sus últimos días la lectura era para él como un rayo de luz, como un adiós suave y sereno, como una despedida lenta de las que fueron las únicas felicidades de su existencia. Augusto Thierry, el gran historiador, había pasado por idénticos momentos en circunstancias análogas”.

Las versiones orales recogidas por quienes han publicado escuetas referencias sobre la trayectoria del infortunado maestro, hacen resaltar su extraordinaria preferencia por el cultivo de las rosas. Y se explica que ese culto se adecuara en quien había querido penetrar analíticamente en los más recónditos misterios de la creación. En efecto, un autor ha escrito que la quinta de Perón se encontraba “rodeada de cercos vivos de ligustro que expreso dejaba llegar a desusadas alturas para aislarse mejor —el sabio maestro era un poco retraído— con el estudio y la práctica de la botánica, encontraba un campo insospechado de aplicación para sus conocimientos científicos. Desde muy joven había sentido un invencible amor hacia las plantas y las flores y su amistad con el botánico Otto Schneider comprofesor de la Universidad, afianzó aquella predilección. En sus últimos años, en medio de tantos quebrantos físicos, aquel descomponer y reconstruir especies, aquella aplicación experimental de conocimientos botánicos y químicos, aquel encuadrar con tantos afanes, las misteriosas creaciones de la naturaleza, en esos cuerpos maravillosos y frágiles que son las flores, eran con la lectura los únicos lenitivos para sus males. Y así fué como viendo en cada planta un maravilloso laboratorio donde se combinan sus elementos constitutivos, Perón, se entregó con amor y pasión al estudio de

esta ciencia, como un precursor más hasta esa época. Nadie se había dedicado en el país con tal espíritu científico a la formación de variedades botánicas.

Entre tanto Buenos Aires, aquella ciudad que Tomás Perón conoció envuelta en las cintas federales, entraba en el ciclo alucinante. Una incontenible fiebre especulativa hacía escribir a Julián Martel en *La Bolsa*: “Ella allá va como inmensa visión apocalíptica, una sociedad entera levantada en vilo por el agio y la especulación celebrando la más escandalosa orgía del lujo que ha visto y verá Buenos Aires”. Y otro autor agregaba: No hay ideas ni poderes capaces de reprimir este desorden. El individualismo impera sobre las atribuciones de los grandes diarios, y Alem, enrostraba a los políticos inescrupulosos que alentaban el fraude y el peculado. El eco de esas reuniones que habían de elevar, más tarde, su tono en las del Jardín Florida y dar pábulo a la frustrada revolución del 90, llegaban al retiro del doctor Perón atenuadas por la distancia. Su Buenos Aires, el de Wilde y Calzadilla, tenía ahora el contramarcos del fasto y de las grandes evoluciones mercantiles. El Club del Progreso abría sus lujosos ventanales sobre la Avenida de Mayo, y el Café de París tendía sus manteles en banquetes luculentos. Poco le quedaba disfrutar al maestro de la ajustada recompensa del Estado. A fines de 1888, su salud declinó notoriamente. El doctor Silva —médico familiar desde largos años— su señora e hijos velaron con cariño y lealtad sus últimos días. El 1º de febrero de 1889, a las once de la mañana, Dios le tendió la mano y sutilmente su alma abandonó la convivencia terrena. Sus restos dentro de una modestia que condecía con sus hábitos, fueron inhumados en el cementerio de la Recoleta. Los diarios más autorizados en el momento: *La Prensa* y *La Nación*, no dejaron pasar inadvertido el luctuoso suceso. Había contraído nupcias con doña Dominga Dutey, de ascendencia vasco-francesa, con la que tuvo varios hijos: Mario Tomás, el padre de nuestro presidente, Tomás Hilario y Alberto. A ella, le llegaron las más sentidas expresiones de pesar.

Cuatro Departamentos de la Universidad, el de Preparatorios, la Facultad de Ciencias Médicas, la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le deben gratitud.

Escribía por exigencias imperativas, de ahí, que la *Revista Médico-Quirúrgica* y la *Farmacéutica* guardan sus interesantes colaboraciones sobre *La Leche*, *La Sangre*, *La Vacuna Animal*, *El Extracto de Quebracho Blanco*, y algunos informes oficiales publicados sobre materias de diversa índole. Hemos hablado ya de su tesis, de su trabajo de oposición para optar a la cátedra de Medicina Legal, y de su notable conferencia sobre *La Química y la Vida*, que leyó en la velada literaria de la Asociación Médica Bonaerense. Modesto por temperamento y resignado a los quebrantos físicos, rechazaba la exterioridad. Dábase en cambio a sus alumnos con una prodigalidad incomparable. De ahí que su recuerdo se revistió con sayal de apóstol. Cuando partió hacia el viaje sin retorno se magnificó su efigie. En las horas tumultuosas de la reconstrucción nacional los triunfadores no repararon en él.

La muerte elevó su figuración en la tabla de valores. Se agolparon las necrologías laudatorias, hasta que el silencio volvió a entornar las puertas con sigilo. Este nostálgico recorrido que hemos realizado rápidamente nos descubre la vastedad de su obra educativa y las facetas luminosas de su espíritu.

Duele pensar que la desaparición de este ilustre hombre de ciencia que tantos servicios prestó a la Universidad pasara casi inadvertida en el fárrago metropolitano, al decir de los cronistas. Buenos Aires, por otra parte, estaba envuelta en un clima de sensualidad política y social, que rechazaba la nostalgia. El hombre que se iba, tenía puesto el hábito humildé de los que sólo atienden la gracia de Dios. Días más tarde de acaecida su muerte, Federico Tobal dió a la prensa sus emocionadas líneas que fueron un desagravio a la indiferencia de las autoridades. Desde *La Nación* dijo que "... sobre las cúpulas místicas de la Universidad de Buenos Aires brilla eternamente su nombre,

como brillan las almas de Alcorta, de Díaz, de Jacques y de Agüero''.

Con el último suspiro de Tomás Perón, la Patria no había revalidado aún la octava década de su nacimiento a la libertad.

VICENTE OSVALDO CUTOLO

